



De las regiones del Asia, de donde habían salido los hunos, los búlgaros, los ávaros, los pestchenegas y los turcos, salieron á principios del sig'lo XIII los mogoles, al mando de su rey Temudgin. Todos los tártaros se le sometieron de grado ó por fuerza, y le siguió toda la nación de los mogoles, que le juró fidelidad hasta la muerte. Tomó el nombre de *Gengis-Kan*, señor de toda la tierra. Subyugó la Tartaria; traspuso la gran muralla de la China, y llegó hasta Pekin. El Indostan y toda la Persia, hasta el Eufrátes, cayeron en su poder, extendiendo sus conquistas más de mil ochocientas leguas de Oriente á Occidente, y más de mil de Norte á Mediodía. Gengis-Kan murió despues

de haber recibido presentes y multitud de príncipes tributarios.

La invasion no se detuvo con su muerte, sino que cayó sobre la Europa. Octai, el nuevo jefe, invadió la Rusia y la avasalló. Toda la Polonia se inundó de tártaros; la Bohemia y la Hungría no pudieron detener á estos feroces conquistadores, y la Europa, consternada, se agitaba más bien para pedir al cielo que para defenderse, habiendo añadido la Iglesia en sus letanías esta deprecacion: *A furore tartarorum. libera nos, Domine*. La muerte del hijo de Gengis-Kan privó de su jefe á los mogoles, quienes divididos y luchando entre, sí se volvieron á habitar las grandes llanuras del Asia.

## CAPÍTULO II

### El Oriente y las cruzadas (1055 1100).

Un nuevo período comienza para el Oriente hácia mediados del siglo XI: el cisma de la iglesia griega precipitó la decadencia del imperio griego, y las conquistas de los turcos seldjucidas dieron nueva vida á la sociedad musulmana. Habiéndose renovado la guerra de los musulmanes contra los cristianos, la Europa se hallaba amenazada con ser invadida por aquellos terribles enemigos, cuando las cruzadas vinieron á obligar á éstos á defenderse en su propio país y á abandonar sus proyectos de conquista. La lucha que se empeñó entonces entre Oriente y Occidente duró dos siglos y dejó profundos vestigios. El reino de Jerusalem, fundado por las cruzadas, sucumbió, es verdad, á los rudos golpes de Saladino, y el imperio latino que reemplazara en Constantinopla al imperio griego, no tuvo más que una existencia pasajera; los cristianos de Occidente perdieron todas las conquistas que habían hecho en la Palestina. Sin embargo, las cruzadas ejercieron una poderosa influencia en el desenvolvimiento de la política intelectual y material de Europa, y bajo este punto de vista constituyen las cruzadas uno de los hechos más notables de la edad media.

El imperio griego, debilitado en el interior por las intrigas que habían agitado á la corte de Constantinopla durante los reinados de la

TOMO IV

emperatriz Zoe y de su hermana Teodora, como tambien por el cisma religioso, y atacado por los turcos seldjucidas que le arrancaron casi todas sus provincias asiáticas, se halla de nuevo presa de las discordias ocasionadas con motivo de la sucesion, despues de la extincion de la dinastía macedónica. Isaac I, que pertenecía á la poderosa familia de los Comnenos, subió al trono con el apoyo del ejército, pero abdicó á los dos años á causa de lo achacoso de su salud, nombrando para su sucesor á Constantino, de la familia de los Ducas, rival de los Comnenos. El nuevo emperador, que carecia de talentos militares, no pudo defender el imperio contra los turcos seldjucidas. Á su muerte, su viuda Eudoxia dió su mano al general Romano Diógenes, que ocupó de esta suerte el trono. Romano separó á la emperatriz de los asuntos propios del imperio, y marchó él mismo contra los turcos, á quienes rechazó hasta el otro lado del Eufrátes. Pero habiendo caído en poder del sultan Alp-Ars-lau, que le derrotó en una gran batalla, fué destronado por Miguel VII, hijo de Constantino Ducas. Este príncipe, que no se ocupaba más que de los estudios filosóficos é históricos, no pudo impedir á los turcos que se apoderáran del Asia Menor y de la ciudad de Nicea. Pidió socorros á los príncipes de Occidente, dirigiéndose á este efecto al pa-



pa Gregorio VII, quien se resolvió entonces á emprender las cruzadas: pero la gran guerra de las investiduras impidió al pontífice realizar este proyecto. Miguel VII se vió obligado á abdicar en favor del general Nicéforo Botaniates, que á su vez fué destronado por Alejo I Commeno.

Cuando Togrubek, sultan de los turcos seldjucidas, llegó á la dignidad de Emir al Omra, en el califato de Bagdad, restableció por las armas la unidad política de Oriente, sometiendo á su cetro todas las dinastías musulmanas independientes, desde el Indo hasta las fronteras de la Siria. Su sobrino y sucesor Alp-Arslan continuó sus conquistas, y venció en la gran batalla de Manazhet al emperador griego Romano Diógenes, que se había corrido hasta el Eufrates.

Alp-Arslan fué asesinado en tanto que sus generales penetraban en el Asia Menor y se apoderaban de la Palestina y Siria, que poseían los califas fatimitas de Egipto. Su hijo Malek-Schah llevó sus armas victoriosas hasta las fronteras de la China, y hordas turcas, cuyos jefes reconocían la autoridad del poderoso sultan, concluyeron la conquista del Asia Menor. Pero á la muerte de Malek-Schah, que dejó tres hermanos y cuatro hijos, estalló la guerra de sucesión, terminando con la división política del imperio turco. Cinco reinos turcos se formaron entonces, y los fatimitas de Egipto se apoderaron nuevamente de la Palestina. Tal era el estado del Oriente cuando comenzaron las cruzadas.

Las cruzadas, léjos de ser efecto de una exaltación momentánea, fueron el resultado de distintas circunstancias que las hicieron necesarias, y venían ya preparadas desde muchos años. Las comarcas santificadas por la presencia del Salvador del mundo durante su vida mortal, habían sido siempre objeto de veneración por parte de los cristianos, habiendo sido siempre objeto de piadosas peregrinaciones. Después de la conversión de Constantino el Grande al cristianismo, las peregrinaciones á los Lugares Santos, que la emperatriz Santa Elena había hermoñado con magníficos templos, se hicieron cada vez más frecuentes. Pero

la conquista de la Palestina por los musulmanes, á mediados del siglo VII, puso grandes trabas á esta piadosa costumbre, viéndose desde entonces los peregrinos muy expuestos á grandes persecuciones. Cuando la Palestina cayó en poder de los califas fatimitas de Egipto á mediados del siglo X, se hizo intolerable la suerte de los cristianos que habitaban aquel país, y las peregrinaciones se hicieron casi imposibles cuando los turcos seldjucidas hicieron la conquista de la Siria y de la Palestina. El deseo de librar la Tierra Santa de aquellos bárbaros opresores y hacerla accesible á los peregrinos, fué, pues, la principal causa de las cruzadas. Necesario es añadir también el peligro en que se hallaba la Europa de ser invadida por los turcos, y también los socorros que los emperadores griegos de Constantinopla pedían á los príncipes cristianos de Occidente.

El espíritu religioso y guerrero que animaba entonces á la sociedad dió grande impulso á estas expediciones, que no eran, en el fondo, más que *peregrinaciones armadas*. Las muchas guerras privadas, la lucha entre la nobleza y el trono por una parte, y entre éste y las ciudades por otra, y el interés comercial de las grandes ciudades de Italia, Génova, Pisa y Venecia, fueron otras tantas circunstancias que favorecieron también las cruzadas. Sin embargo, con las cruzadas se mezclaron algunos aventureros que comprometieron más de una vez el éxito de estas gloriosas empresas.

El papa Urbano II, que persistió con tanta energía como suerte la grande obra regeneradora de Gregorio VII, atrajo á las armas á todos los pueblos cristianos de Occidente, para hacer la guerra á los musulmanes y librar de sus garras el santo sepulcro de Cristo. Después de encargar á Pedro de Amiens, que había hecho por sí la peregrinación á Jerusalem, para que predicara ó anunciara la santa guerra en Francia, en Alemania y en Italia, el papa dió el último impulso á las cruzadas en el concilio de Clermont. Al grito de *Dios lo quiere*, toda la asamblea de los fieles recibió de manos del papa la cruz, que fué la señal distintiva de los que tomaban parte en aquellas expediciones. Los



V. BARNETO.



señores de Bélgica, Francia é Italia fueron los primeros que emprendieron la primera cruzada; á su cabeza se hallaban Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, y sus dos hermanos Boduino y Eustaquio. Roberto II, conde de Flándes; Húgues, hermano del rey Felipe de Francia; Roberto, duque de Normandía, hijo de Guillermo el Conquistador; Estéban, conde de Blois; Raimundo, conde de Tolosa; Boemundo, duque de Tarento, hijo de Roberto Guiscar, y su sobrino Tancredo. El papa nombró al obispo de Puy, Adhemar, su legado, y le dió la direccion espiritual del ejército de los cruzados. Estos se dieron como punto de cita y partida Constantinopla, y allí acudieron por diversas direcciones y caminos. La elocuente voz de Pedro el Ermitaño habia excitado á las masas; varios ejércitos numerosos, pero indisciplinados, se habian puesto en marcha para el Oriente: pero perecieron en gran parte ántes de llegar á Constantinopla, y el mismo Pedro, que debiera haberse puesto al frente de uno de los ejércitos, no llegó á esta ciudad más que con algunas escasas fuerzas. El emperador Alejo, á quien los cruzados contaban hallar dispuesto para unirse á ellos contra el comun enemigo, se asustó á la llegada de tantos poderosos señores, entre los cuales se hallaban los normandos de Nápoles, enemigos de su imperio. Les negó navíos para poder pasar el Bósforo, y sólo accedió á su entrega cuando recibió el juramento de fidelidad con la promesa de restituirle todas cuantas conquistas hicieran en Asia, excepto la Palestina.

El ejército cristiano contaba trescientos mil guerreros á su entrada en Asia Menor. La ciudad de Nicea se rindió despues de un sitio de seis semanas, y los cruzados alcanzaron dos brillantes victorias sobre los turcos: la primera en los muros de esta ciudad, y la segunda cerca de Dorilea; pero experimentaron pérdidas numerosas por las enfermedades, fatigas y falta de viveres. Cuando llegó el ejército á la vista de la ciudad de Tarsis, en la Cilicia, se suscitó una disputa entre Tancredo y Boduino, por virtud de la cual éste retiró entónces su ejército, seguido de sus vasallos y de un gran número de caballeros, y avanzó hácia el Eufrátes,

donde la ciudad de Edesa le recibió como á un libertador, y fundó allí una principalidad. El grande ejército siguió su marcha y llegó á la vista de Antioquía; pero no pudo apoderarse de esta ciudad hasta despues de un sitio de ocho meses, y gracias á las secretas inteligencias de Boemundo de Tarento con un renegado que dirigia un fuerte. Sitiados en la ciudad por Kerboga, sultan de Mosul, los cruzados estaban ya para sucumbir á las enfermedades y al hambre, cuando se llenaron de entusiasmo al hallar la santa lanza. Hecha por ellos una salida, dispersaron á los enemigos, y Boemundo fué proclamado príncipe de Antioquía, á pesar de la oposicion de los griegos, que reclamaban esta ciudad, lo mismo que la de Éfeso.

El ejército de los cruzados, reducido á veinticinco mil hombres, siguió su marcha hácia Jerusalem: eligió por jefe á Godofredo de Bouillon y llegó al fin delante de la Ciudad Santa, que estaba bien fortificada y defendida por una guarnicion turca de cuarenta mil hombres. Despues de haber superado todos los obstáculos, los cruzados tomaron la ciudad por asalto é hicieron de ella la capital del reino de Jerusalem. Godofredo de Bouillon fué elevado al trono; pero rehusó el título de rey y no quiso llevar la diadema allí donde el Salvador del mundo habia llevado una corona de espinas; tomó el título de *Defensor del Santo Sepulcro*, y aseguró su autoridad con una brillante victoria que consiguió cerca de Ascalon, sobre un ejército musulman que fué enviado por el califa de Egipto al socorro de Jerusalem. El reino de Jerusalem fué erigido en monarquía hereditaria y feudal, y el país dividido en colonias ó grandes feudos de la corona, y de ellas una estaba reservada al rey: los prelados y varones formaban el primer orden del Estado, sus vasallos el segundo y los vasallos de éstos el tercero; las ciudades obtuvieron franquicias comunales, y se concedieron grandes privilegios á los genoveses, pisanos y venecianos, que fueron los principales sostenedores de estas nuevas conquistas.

El reino de Jerusalem halló además un poderoso auxiliar en las órdenes militares que por entónces se crearon.



La caballería, que en el siglo XI constituía una orden distinta en la sociedad, debió su origen y desarrollo á las costumbres antiguas de los pueblos germánicos. Se reducía al acto solemne por el que *el jóven libre se revestía con sus armas* en medio de la asamblea general de su tribu; también á la costumbre que tenían [los principales miembros del partido guerrero, de acompañar á caballo á su jefe, y al derecho que la nobleza feudal conservó más tarde para hacer el servicio militar á caballo, de donde recibió el nombre de caballería; por último, á los juegos ó ejercicios militares á que se entregaba la jóven nobleza en tiempo de paz, y que dieron lugar más tarde á la organización de los torneos: sólo los caballeros eran admitidos á esta clase de ejercicios. Para tomar parte en la orden de la caballería era necesario pertenecer á una familia noble y haber recibido una educación especial en el palacio del soberano ó de otro caballero. Esta educación comenzaba por el jóven noble á la edad de siete años y comprendía los ejercicios corporales, y por los servicios que había de dar al señor, por medio de los cuales debía prepararse al oficio de las armas; ántes de ser recibido caballero, pasaba por los grados de paje y escudero.

La religión santificaba esta institución, y la recepción en la orden de caballería se hacía por un acto religioso. El caballero juraba entonces permanecer fiel á Dios y á su honor, defender la Iglesia, las viudas y huérfanos, y guardar con inviolabilidad la palabra prometida. La clase que más influía en la sociedad y que por su posición independiente y privilegios estaba exenta del respeto á toda autoridad, fué trasformada en un cuerpo destinado á ser el más fuerte apoyo del orden social y político, y á hacer un inmenso servicio á la civilización.

La fusión de caballería con la vida monástica, dió lugar á las órdenes militares, siendo las principales: la orden de los Hospitalarios ó de San Juan, llamada más tarde la orden de Malta, la orden de los Templarios y la orden Teutónica. Las tres se crearon en tiempo de las cruzadas; tenían por principal objeto hacer

la guerra á los musulmanes, proteger á los peregrinos y defender el reino de Jerusalem contra sus enemigos. Los que entraban en estas órdenes añadían á los tres votos monásticos ordinarios de castidad, pobreza y obediencia, un cuarto, que era el de defender ó hacer la guerra á los enemigos de la religión cristiana. Estas órdenes se sometieron á la jurisdicción inmediata de la Santa Sede, y alcanzaron grandes privilegios. Poco á poco se fueron haciendo ricas, y recibieron vastas posesiones en todos los países de Europa.

El gran-maestre que se hallaba al frente de cada orden, ejercía en ellas un poder casi absoluto; estaba, sin embargo, asistido de un consejo, compuesto de grandes dignatarios de la orden, y que tomaba parte en la administración general. Estas órdenes se distinguieron por la valentía heroica que mostraban sus miembros en la guerra contra los musulmanes.

Godofredo de Bouillon murió un año después de la toma de Jerusalem, sin dejar hijos, y conforme á la constitución del reino, su hermano Boduino, conde de Edesa, le sucedió en el trono. Boduino fué reconocido á pesar de la oposición de algunos señores que se habían pronunciado en favor de Boemundo de Antioquia. Dió la investidura de Edesa á su primo Boduino de Borgoña, y se distinguió por su bravura y legalidad. Derrotó cerca de Ascalon un ejército egipcio, que había ido para reconquistar la Palestina, y tomó la ciudad de Acon, uno de los mejores puertos de la Palestina, con el socorro de los cruzados, que los venecianos, genoveses y pisanos habían llevado en sus escuadras. Acon se hizo una estación importante para el comercio de estos tres pueblos. El reino de Jerusalem era sin cesar el blanco de los ataques de dos enemigos, los griegos y los príncipes turcos de Iconium y de Irac. El emperador Alejo quiso obligar á Boemundo de Antioquia á que reconociera su autoridad; pero fué rechazado con pérdidas por parte de este príncipe, que marchó en socorro del condado de Edesa, que estaba atacado por el sultán de Irac. Sin embargo, el ejército cristiano fué enteramente derrotado; Boduino de Borgoña y su



primo Joscelino cayeron en manos de los turcos, y no recobraron la libertad sino mediante un rescate. Boemundo murió poco tiempo después, dejando á su hijo menor, Boemundo II, bajo la tutela de Tancredo, su tío. La toma de las ciudades de Trípoli y de Sidon acababa de aumentar el poder del reino de Jerusalem, cuando la muerte se llevó á Boduino I, después de una afortunada expedición contra el Egipto.

Boduino de Borgoña, conde de Edesa, fué llamado á suceder á su primo Boduino I Eustaquio, hermano de este último, que renunció á sus derechos de sucesión. Boduino II cedió el condado de Edesa á Joselin de Telbacher. Pero Joselin no se inquietó por defender este país contra los turcos; fué sorprendido por el sultán de Alepo y hecho prisionero, y el rey Boduino, que fué á socorrerle, sufrió la misma suerte, quedando dos años cautivo. Sin embargo, la ciudad de Tiro fué tomada con ayuda de los venecianos, y Boduino II, que acababa de alcanzar su libertad, renovó con toda energía la guerra contra los turcos; pero murió en una expedición contra la ciudad de Damasco. El conde Foulques de Anjou, que había casado con Melisenda, segunda hija del rey, le sucedió en el trono de Jerusalem. Á pesar de su bravura, Foulques no logró detener la decadencia del reino. Raimundo de Poitou, á quien había dado la investidura de la principalidad de Antioquia después de la muerte de Boemundo II, se vió obligado á reconocer la autoridad del emperador griego Manuel; por otra parte, el poder siempre creciente de Zeuki, príncipe de Alepo, que había ya sometido á su cetro la mayor parte de la Siria y que amenazaba á la vez á Damasco y á Jerusalem, puso á Foulques en la necesidad de concluir una alianza con el sultán de Damasco. Esta alianza concluyó con la muerte de Foulques, que dejó la tutela de su hijo menor Boduino III á su viuda Melisenda. La reina, mal aconsejada, declaró la guerra al sultán de Damasco; el ejército cristiano fué completamente derrotado. Nuredino, hijo de Zenki, atacó entonces al condado de Edesa, y terminó por arrancarle del poder de Joselino II. La pérdida de Edesa y la alianza de Nu-

redino con el sultán de Damasco, amenazaban al reino de Jerusalem con una próxima ruina. El grito de socorro lanzado por los cristianos de Oriente halló un eco en Occidente, y provocó la segunda cruzada.

El papa Eugenio III, á quien una revolución de Roma había obligado á buscar un asilo en Francia, encargó á San Bernardo para que predicara esta cruzada. El rey de Francia, Luis VII, y á ejemplo suyo un gran número de señores franceses, tomaron la cruz. El emperador Conrado III, ocupado en la guerra contra la casa de Welf, rehusó desde luego hacer la expedición á Oriente. Sin embargo, no pudo resistir la elocuente voz de San Bernardo, que se hallaba entonces en Alemania excitando en aquel país un general entusiasmo por la cruzada. Se proclamó la paz, y el emperador, al frente de un numeroso ejército, se puso en marcha para Constantinopla. Pero halló una resistencia inesperada de parte del emperador griego Manuel, que temía la venganza de los cruzados, porque sus ataques contra la principalidad de Antioquia habían contribuido á la pérdida del condado de Edesa. El emperador griego concluyó, sin embargo, por consentir en que se trasportara al Asia Menor el ejército del emperador Conrado, quien se proponía marchar directamente sobre Iconio. El ejército alemán fué engañado por los guías griegos que Manuel le dió y que le condujeron por comarcas estériles y montañosas, conservando inteligencias secretas con los turcos; así es que fué derrotado en una sangrienta batalla. El emperador logró salvarse con seis mil hombres, replegándose sobre el ejército frances, que acababa de llegar al Asia Menor.

Luis VII se había ido á Oriente por el mismo camino que el emperador Conrado, y halló en Constantinopla mejor acogida que este príncipe, y el ejército francés logró recibir víveres del emperador Manuel, y llegó sin dificultades á Nicea, donde supo los desastres del ejército alemán. Luis VII se decidió entonces por correrse hácia el mar, y llegó hasta la ciudad de Atalia en Cilicia; la falta de víveres y los continuos ataques de los turcos le habían hecho perder la mitad de su ejército. Se embar-